



El amor a una Imagen



Supongo que habrá sesudos estudios de sociólogos y teólogos sobre el amor individual a una imagen religiosa, pero no los conozco. Si he leído y oído mucho acerca del amor masivo, del fervor

popular, pero ese es otro tema.

He pensado muchas veces acerca del amor individual a una determinada imagen de Jesús, de la Virgen María —ambos en sus diversas advocaciones—, de un santo o arcángel, en nuestra ciudad San Rafael, el custodio según la tradición, pero no acabo de hacerme preguntas y tengo muy pocas respuestas.

Hay, desde luego, casos de un amor tan profundo como simple. Muchas personas tienen amor y devoción a una determinada imagen, sin adentrarse en averiguaciones, dando por buenas todas las tradiciones, que por cierto son muy similares en sitios muy alejados y de costumbres muy distintas: la aparición en un árbol en llamas a unos niños es muy común, por muy inverosímil que parezca. Esas personas sencillas, que quieren de verdad pero sin matices, no se preguntan por las manos humanas que esculpieron o tallaron. Tampoco les preocupa que la Virgen a la que dirigen sus oraciones, solo sea bajo el lujoso mantón repleto de ricos bordados, un armazón de madera, pues el escultor solo hizo el rostro y las manos.

Desde luego ninguna persona de mente evolucionada tiene por divina a ninguna imagen, pero eso no importa. Porque el amor a la imagen —a esa y no a otra— es un misterio digno de análisis que no soy quien para hacer; ni éste es el lugar.

Todos conocemos a apasionados devotos que gritan y piropean a su Virgen, con más fuerza que a su propia madre. Claro que a veces cuando el rito es poseído por el folclore, puede ocurrir que el culto se convierta en lugar de encuentros de gentes de tan dudosa vergüenza como Mario Conde o Julián Muñoz, en el caso de la romería del Rocío.

En mi caso, tengo con gran cariño en mi despacho el boceto, la cabeza firmada por Martínez Cerrillo, del Señor de la Sentencia, que le encargó y sufragó mi padre. Cuando veo a la imagen en procesión, salir y entrar de San Nicolás, me conmuevo y se alteran dentro de mí sentimientos que nada tienen que ver con mi razón.

En mi domicilio, en cambio, tengo el cordobán con la Virgen de Linares que me regaló la hermandad cuando pregoné. Des vez en cuando la miro y todos los días, cuando paso ante ella, camino de la puerta y de los quehaceres y preocupaciones diarias, le sonrío con afecto. El hombre, yo mismo, es un insondable misterio. Y sus amores son aun más misteriosos; misteriosos pero bonitos.

*Rafael Mir Jordano
Abogado y escritor
Pregonero del año 2000*

